

EL LABERINTO Y EL HILO

80 ALUMNOS POR AULA

Por Sebastián SALAZAR BONDY

Una maestra amiga escribe una carta al cronista en la cual, a propósito de la deficiente preparación que muestra buena parte de los postulantes a las universidades y centros de enseñanza superior, expone uno de los problemas que deben afrontar los docentes peruanos. Dice esta pedagoga que uno de los factores más importantes de la imposibilidad en que se hallan los profesores de impartir sus lecciones con la eficiencia y el buen aprovechamiento necesarios es el del número de alumnos por aula, que en el ciclo secundario no baja de 50 y en muchos casos monta a 80. 'Creo —escribe dicha maestra— realmente preocupada por la eficaz formación de los estudiantes secundarios— que ni Aristóteles resucitado y ningún maestro por perfecto que fuese podría cumplir con la finalidad suprema de "educar" en toda la extensión de la palabra, ni penetrar en el alma de 70 u 80 adolescentes por clase en las pocas horas que se coloca frente a ellos". Bien señala la autora de las líneas que comentamos que esa tarea educativa está, además, recortada por exigencias administrativas rutinarias (pasar lista, por ejemplo) y de carácter disciplinario ("mantener —expresa— un orden aparente pero imposible para la real efectividad de la enseñanza"). De otra parte, si la educación propiamente dicha es difícil, aún más

es seguir de cerca el rendimiento personal de cada alumno en el curso del año escolar. Resulta obvio, pues, que el profesor al servicio del Estado se tenga que resignar a cumplir en las peores condiciones su misión, de lo cual proviene, sin duda, esa pérdida del entusiasmo que consecuentemente logra tantas inicialmente ferrosas vocaciones.

El problema proviene directamente de un criterio de economía mal entendida y falaz que predomina en las autoridades del Ministerio de Educación y en el Estado todo, que proclama una austeridad en aquello precisamente en lo que ningún presupuesto, por mas cantidades que destine de sus fondos al ramo educativo, llega a ser nunca manirroto. Los alegres dispendios del sarao y el viaje, los gastos secretos de "defensa de la democracia" (como si la mejor defensa de la democracia no fuese precisamente la cultura del pueblo), los derroches de otro género igualmente baladí que los anteriores que agobian el pliego económico de cada año, no sufren la menor merma. Pero si una carpeta puede dar cabida (aunque sea mediante el sistema que en sus juegos los chicos llaman "sacar manteca") a 3 o cuatro educandos, pues se ahorra el dinero que debiera emplearse en la mínima comunidad de quien está formando su inteligencia y su espíritu pa-

ra ser ciudadano útil. "La educación —afirma la maestra aludida— es o se realiza sólo a través de la comunicación de un alma perfectible con otra relativamente perfeccionada y cuanto más íntima sea esta comunicación podrá operarse en mejor forma la ósmosis debida, en beneficio de la misión que a cada cual incumbe, la del educando y la del educador". No es esta ninguna novedad, pero para el Ministerio de Educación, que ve masas que acuden en pos de la matrícula, no personas que aspiran al saber, parece que una verdad así es poco menos que desconocida. No se explica uno, ciertamente, cómo alguien acepta la cartera de instrucción si no va dispuesto a revolucionar la burocracia oficial cortando por lo sano con los viejos tradicionales que la convierten en una máquina retardataria, monótona, inservible. No es un honor para nadie, por supuesto, tomar la investidura ejecutiva si ella no va a significar acción renovadora, trabajo creador, hallazgo de soluciones. Cuando se comprueba el fracaso de la educación secundaria en el Perú se suele cometer la ligereza de achacar a los maestros o a los discípulos tan grave falla. El responsable de todo es el gobierno, los hombres que lo integran. Eso es lo que la ciudadanía tiene que cambiar si aspira a que el país cambie.